

CÓMO SER UN SUPERHÉROE

María Laura Dedé
ilus: Gio Fornieles

4



Ser y
contar
COLECCIÓN

Directora de la Colección
Celeste Soledad Gonzalía

Diseño y diagramación
Carlos Bonardi

Textos
María Laura Dedé

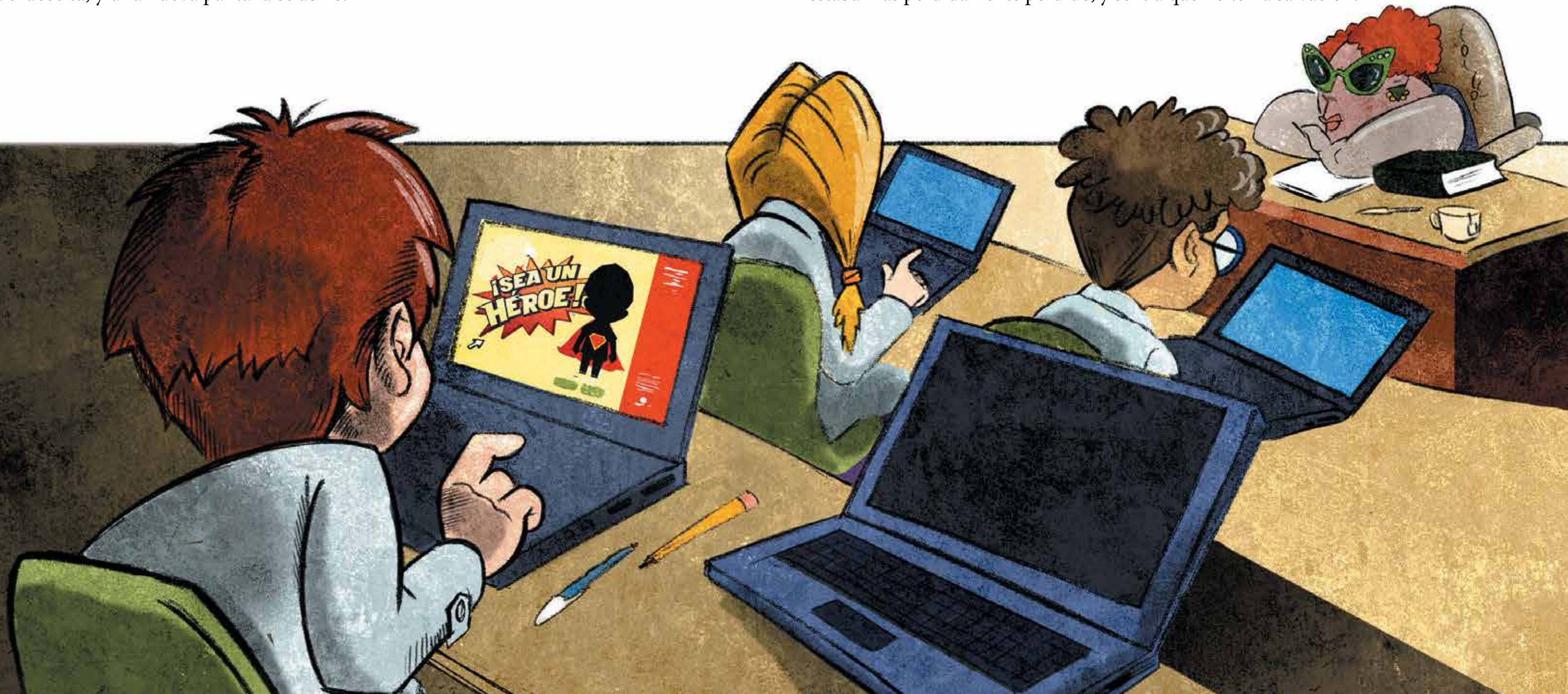
Ilustraciones
Gio Fornieles

Esa mañana, en la escuela, a Willy Mamarulo se le abrió una pantalla de publicidad en la compu: “Cómo ser un superhéroe en 10 lecciones y un mes”.

Iba a hacer click en la crucecita del costado, como hacía siempre para cerrarlas, pero el dibujo le llamó la atención. Era un musculoso de traje rojo y naranja, volando con un puño en alto y un dibujo en el pecho que decía “WM”. Tal vez eran rayos de energía, pensó, pero Willy Mamarulo se llamaba Willy Mamarulo, y si “WM” no eran rayos, sino letras... ¡Eran las iniciales de su nombre! Solamente por eso, porque le pareció divertida la coincidencia y aburridísima la clase de computación de la escuela, Willy Mamarulo hizo “click” en el dibujo del musculoso, en vez de en la crucecita, y una nueva pantalla se abrió.

Willy Mamarulo no era muy popular, pero tampoco tan poco. No tenía notas muy altas pero tampoco tan bajas, no lo elegían primero ni último cuando se armaban los grupos, no tenía veinte amigos pero tampoco ninguno. Ni gordo ni flaco, ni alto ni petiso, ni lindo ni feo. Willy Mamarulo era un chico normal, aunque a veces lo cargaran por su apellido. Y, sobre todo, Willy Mamarulo estaba perdidamente enamorado de Lorena.

Pispeó para los costados y vio que nadie lo miraba. Entonces leyó la frase que había aparecido en la nueva pantalla: “¿Ganas de salvar el mundo?” Y sí, él ganas de salvar el mundo tenía... o por lo menos el suyo, porque él cada día estaba más perdidamente perdido, y sentía que no tenía salvación.



Empezó leyendo la **Lección Número 1: CÓMO LOGRAR SUPEROÍDOS**. Decía así: “Lavarse bien las orejas con un isopo y líquido incoloro con cloruro de sodio (agua con sal). Con los ojos cerrados y la mirada dirigida a la punta de la nariz, ir distinguiendo mentalmente cada uno de los sonidos del ambiente. Repetir la operación cinco minutos por día durante un mes”. Le pareció interesante. Lo iba a hacer. Justo sonó el timbre del recreo.

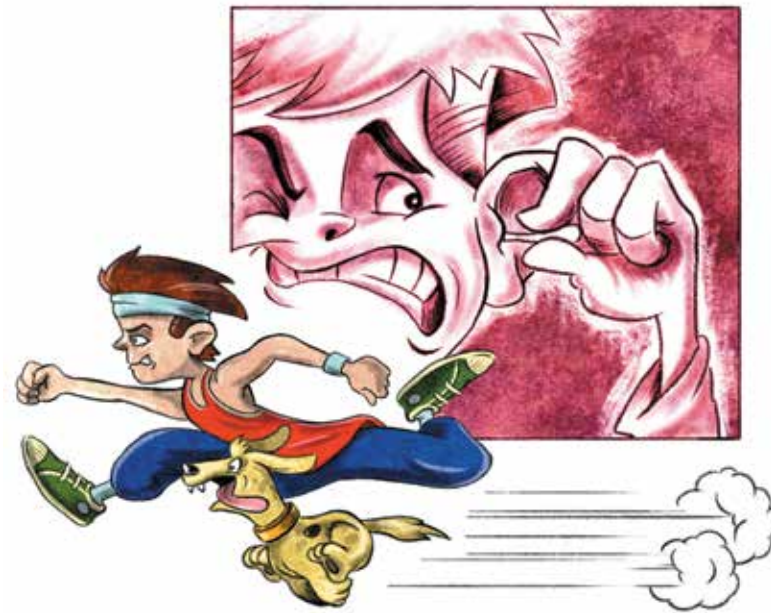
Así fue como, durante todo ese mes, en su casa, en la plaza y en la escuela, Willy Mamarulo fue leyendo las lecciones del curso virtual de superhéroe y siguiendo las instrucciones.

Lección Número 2: VISIÓN NOCTURNA.

“Ponerse un pañuelo en los ojos y caminar por una habitación esquivando muebles. Primero buscar una habitación despejada pero de a poco ir agregando muebles o poniendo objetos en el suelo. La primeras tres veces se puede espiar un poquito por abajo del pañuelo, después no”.

Lección Número 3: VELOCIDAD.

“Ponerse zapatillas y correr. Primero en el lugar, después por la casa y más adelante cinco vueltas a la plaza. Cuando ya se adquirió bastante seguridad, jugarle una carrera a un perro o a una bicicleta y ganarle”.



Lección Número 4: RECEPTORES EPITELIALES.

“De pie, abrir brazos, piernas y dedos de pies y manos lo máximo que se pueda. Cerrar los ojos y concentrarse en lo que la piel siente. Las primeras sesiones serán desnudo bajo la ducha o en malla bajo la lluvia, pero después deberán poder sentirse también corrientes de aire, soplidos, roces y ondas acústicas vestido, incluso con muchas capas de ropa”.

Y así, seis lecciones más hasta llegar a las diez.

Willy Mamarulo las seguía al pie de la letra. A veces se lo veía en los recreos hablando solo, saltando escalones de a cinco, girando como un trompo, anudándose y después desanudándose una soga, contorsionándose o haciendo la vertical.

Además empezó a llevar juguetes raros con mucha tecnología que compraba por internet. Hasta sus dos mejores amigos empezaron a creer que estaba loco.

Hasta que un jueves de noviembre tembló el mundo. Willy Mamarulo fue el primero que lo sintió, porque había logrado buenos receptores epiteliales. Estaban ensayando la canción para el acto de fin de año, por eso muchos de sus compañeros pensaron que el temblor venía de los bombos que tocaban los de cuarto. Pero no. Temblaba porque se acercaba un Dinosaurio Mutante, cruza de Yeti y Cocodrilo pero trescientas veces más grande, y a su paso iba tirando abajo edificios.

Willy Mamarulo pensó en el campamento de fin de curso: si el Dinosaurio Mutante arrasaba la ciudad, era probable que el viaje se suspendiera, y ahí él perdería la oportunidad de salvar su vida, la propia.

Así que abrió la bolsita del traje nuevo, se lo puso y salió volando por la ventana, tan rápido que los chicos no lo reconocieron.



WM le tiró al Dinosaurio Mutante dardos de utilería ultra-biónicos, lo mareó con su vibrador de titanio, le inmovilizó un brazo con la cadena de ADN y finalmente, tras ardua pelea, terminó desintegrándolo con su reactor bipolar en una contundente victoria contra el villano enemigo.

Imagínense que después de semejante lucha, WM fue un verdadero Superhéroe Universal. Sin embargo, eso a Willy Mamarulo no le importó por dos cosas: primero, porque nadie sabía que WM era él, y segundo, porque sólo pensaba en el campamento. Faltaban tres días. Pasaba que a Willy Mamarulo se le había encendido, adentro del cuerpo, una llama roja y anaranjada como su traje. Una llama que le daba una fuerza interior desconocida hasta entonces, que le daba más vértigo que cuando se había trepado a los edificios.

El día tan esperado, el micro partió a las ocho de la mañana y el viaje duró casi seis horas. Todo ese tiempo, Willy Mamarulo lo usó para juntar coraje. Siguió juntando coraje cuando armaron las carpas, cuando se dividieron en brigadas, almorzaban, lavaron los platos y mientras jugaron a la mancha-estatua. Recién a la noche, mientras revolvían juntos la olla de los fideos, Willy Mamarulo, agarrando fuerte el cucharón, miró a Lorena a los ojos y se lo dijo.

Le dijo que estaba enamorado de ella desde siempre, desde jardín, y nunca se había animado a decírselo.

Ella sonrió, bajó la cabeza y después la levantó para darle un beso en la mejilla. Entonces otra vez tembló el mundo, pero esta vez lo sintieron sólo ellos dos y no hubo monstruos ni nada. De un lado de la olla había una chica; del otro, un verdadero superhéroe que por fin había salvado su mundo y, en el medio de los dos, el humo que salía de los fideos.

